

- *Navidad (2012). Las figuras de la Nochebuena (2). La presencia del buey y del asno en el belén, junto al pesebre. Dos textos de Benedicto XVI y Joseph Ratzinger: lo que ha escrito en su libro «La infancia de Jesús» (I); y un texto de 1983, en el libro “El rostro de Dios” (II). Como se ha dicho, el pesebre hace pensar en los animales, pues es allí donde comen. En el Evangelio no se habla en este caso de animales. Pero la meditación guiada por la fe, leyendo el Antiguo y el Nuevo Testamento relacionados entre sí, ha colmado muy pronto esta laguna, remitiéndose a Isaías 1,3: «El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende». (...) «Ninguna representación del nacimiento renunciará al buey y al asno». “El buey y el asno no son simples productos de la fantasía; se han convertido, por la fe de la iglesia, en la **unidad del antiguo y nuevo testamento**, en los acompañantes del acontecimiento navideño. “Nosotros somos buey y asno frente a lo eterno, buey y asno cuyos ojos se abren en la nochebuena de forma que, en el pesebre, reconocen a su Señor”. “¿Pero **le reconocemos realmente?** Cuando nosotros ponemos el buey y el asno en el portal, deben venirnos a la memoria aquellas palabras de Isaías, las cuales no son sólo evangelio -promesa de un conocimiento que nos ha de llegar- sino también **juicio por nuestra ceguera actual**.”.*

(I)

EL BUEY Y EL ASNO EN EL PESEBRE

Lo que realmente ha escrito Benedicto XVI en su libro

«La infancia de Jesús»

Editorial Planeta 2012, capítulo III, pp. 76-77

- ❖ Cfr. Texto íntegro de la referencia al buey y al asno, en el libro “La infancia de Jesús”, Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, pp. 76-77

“Como se ha dicho, el pesebre hace pensar en los animales, pues es allí donde comen. En el Evangelio no se habla en este caso de animales. Pero la meditación guiada por la fe, leyendo el Antiguo y el Nuevo Testamento relacionados entre sí, ha colmado muy pronto esta laguna, remitiéndose a Isaías 1,3: “El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende”.

Peter Stuhlmacher hace notar que probablemente también tuvo un cierto influjo la versión griega de Habacuc 3,2 “En medio de dos seres vivientes...serás conocido; cuando haya llegado el tiempo aparecerás” Con los dos seres vivientes se da a entender claramente a los dos querubines sobre la cubierta del Arca de la Alianza que, según el Éxodo (25, 18-20), indican y esconden a la vez la misteriosa presencia de Dios. Así, el pesebre sería algún modo el Arca de la Alianza, en la que Dios, misteriosamente custodiado, está entre los hombres, y ante la cual ha llegado la hora del conocimiento de Dios para “el buey y el asno”, para la humanidad compuesta por judíos y gentiles.

En la singular conexión entre Isaías 1,3, Habacuc 3,2, Éxodo 25, 18-20 y el pesebre, aparecen por tanto los dos animales como una representación de la humanidad, de por sí desprovista de entendimiento, pero ante el Niño, ante la humilde aparición de Dios en el establo, llega al conocimiento y, en la pobreza de este nacimiento, recibe la epifanía que ahora enseña a todos a ver. La iconografía cristiana ha captado ya muy pronto este motivo. Ninguna representación del nacimiento renunciará al buey y al asno.

(II)

EL BUEY Y EL ASNO EN EL PESEBRE

Un escrito de Joseph Ratzinger, en el libro “El rostro de Dios”

ed. Sígueme, Salamanca, 1983, La mula y el buey junto a Jesús
en el pesebre, pp. 19-25

❖ Cfr. La mula¹ y el buey junto a Jesús en el pesebre.
"El rostro de Dios", Ediciones Sígueme, Salamanca 1983, 19-25

www.primeroscristianos.com

Autor: Cardenal Joseph Ratzinger



"Nosotros somos buey y asno frente a lo eterno, buey y asno cuyos ojos se abren en la nochebuena de forma que, en el pesebre, reconocen a su Señor".

I

El **especial calor humano** que tanto nos conmueve en la fiesta de navidad y que incluso en los corazones de la cristiandad ha sobrepujado a la pascua, se desarrolló por primera vez en la edad media, y aquí **fue Francisco de Asís** el que, partiendo de su profundo amor al hombre Jesús, hacia el Dios-con-nosotros, contribuyó a introducir esta novedad.



Su primer biógrafo, **Tomás de Celano**, nos cuenta en su segunda biografía lo siguiente: «Más que ninguna otra fiesta celebraba él la navidad con una alegría indescriptible. Él afirmaba que ésta era **la fiesta de las fiestas, pues en ese día Dios se hizo un niño pequeño** y se alimentó de leche del pecho de su madre, lo mismo que los demás niños.

Francisco **abrazaba -iy con qué delicadeza y devoción!- las imágenes que representaban al niño Jesús** y lleno de afecto y de compasión, como los niños, susurraba palabras de cariño. El nombre de Jesús era en sus labios dulce como la

miel».[3]

De tales sentimientos procedió la famosa **celebración de la navidad en Greccio** (año 1223), a la cual le pudieron animar e incitar su visita a la tierra santa y al pesebre que se halla en **Santa María la Mayor en Roma**; pero lo que sin duda influyó más en él fue el deseo de más cercanía, de más realidad.

Y le movió asimismo a ello el deseo de hacer presente a Belén, de experimentar directamente la **alegría del nacimiento del niño Jesús** y de comunicar esa alegría a sus amigos.

De esa noche del pesebre nos habla Celano en la primera biografía, de tal manera que **conmovió cada vez más a los hombres** y, al mismo tiempo, contribuyó decisivamente a

¹ En España y en los países de nuestra cultura, decimos «el buey y la mula» en vez de «el buey y el asno». Cfr. Cita 7 de este texto.

que pudiera desarrollarse y extenderse esta hermosísima costumbre de la navidad: la de **montar «belenes» o «nacimientos»**. (...)

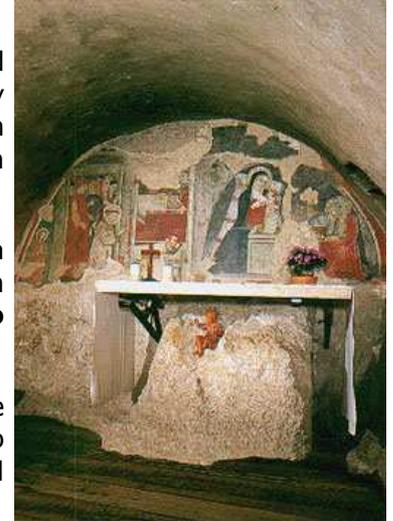
II

En la cueva de Greccio, por indicación de Francisco, **se pusieron aquella noche un buey y un asno** [7]. Efectivamente, él había dicho:

Desearía provocar el recuerdo del niño Jesús con toda la realidad posible, **tal como nació en Belén** y expresar todas las penas y molestias que tuvo que sufrir en su niñez. Desearía contemplar con mis ojos corporales cómo era aquello de estar **recostado en un pesebre y dormir sobre las pajas entre un buey y un asno**. [8]

Desde entonces, **un buey y un asno forman parte de la representación** del pesebre o nacimiento. ¿Pero de dónde proceden propiamente estos animales? Los relatos de la navidad del **nuevo testamento no nos narran nada acerca de esto**.

Pero, si **profundizamos** esta cuestión, topamos con un hecho que es importante para todas las costumbres navideñas y sobre todo para la piedad navideña y pascual de la iglesia en la liturgia y al mismo tiempo en los usos populares.



Greccio: Gruta del Nacimiento

El buey y el asno no son simples productos de la fantasía; se han convertido, por la fe de la iglesia, en la **unidad del antiguo y nuevo testamento**, en los acompañantes del acontecimiento navideño. En efecto, en Isaías/01/03 se dice concretamente: **«Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento»**.(...)

En las representaciones medievales de la navidad, no deja de causar extrañeza hasta qué punto ambas bestias **tienen rostros casi humanos**, y hasta qué punto **se postran y se inclinan** ante el misterio del Niño como si entendieran y **estuvieran adorando**.

Pero esto era lógico, puesto que ambos animales eran como los símbolos proféticos tras los cuales se oculta el misterio de la iglesia, nuestro misterio, puesto que nosotros **somos buey y asno frente a lo eterno, buey y asnos cuyos ojos se abren en la nochebuena** de forma que, en el pesebre, reconocen a su Señor.

III



¿Pero **le reconocemos realmente?** Cuando nosotros ponemos el buey y el asno en el portal, deben venirnos a la memoria aquellas palabras de Isaías, las cuales no son sólo evangelio -promesa de un conocimiento que nos ha de llegar- sino también **juicio por nuestra ceguera actual**. El buey y el asno conocen, pero «Israel no tiene conocimiento, mi pueblo no tiene inteligencia».

¿Quién es hoy el buey y el asno, quién «mi pueblo», que está sin inteligencia? ¿En qué se conoce al buey y al asno y en qué a «mi pueblo»? ¿Por qué se da el fenómeno de que la irracionalidad conoce y la razón se halla ciega?

Para encontrar una respuesta, debemos volvernos nuevamente, con los padres de la iglesia, a la primera navidad. **¿Quién es el que no conoció? ¿Y quién conoció? ¿Y por qué ocurrió así.**

Ahora bien, el que no conoció fue **Herodes**, el cual tampoco comprende nada cuando se le anuncia el nacimiento del Niño. Sólo sabe de su afán de dominio y de su ambición de mando y de la manía persecutoria correspondiente y, por ello, se hallaba profundamente cegado (Mt 2,3).

El que no conoció fue también «**todo Jerusalén con él**» (Ibid.). Quienes no conocieron fueron los **hombres vestidos lujosamente, las gentes importantes** (Mt 11,8). Los que no conocieron fueron los señores sabihondos, los entendidos en Biblia, los especialistas en la interpretación de la sagrada Escritura, los cuales conocían con exactitud los pasajes de la Biblia, y, sin embargo, no entendían una palabra (Mt 2,6).

Los que le conocieron como el «buey y el asno» fueron: **los pastores, los magos, María y José**. ¿Podía ser de otra manera? En el establo donde él se encuentra no se ve gente fina, allí están como en su casa el buey y el asno.

¿Pero qué es lo que ocurre con nosotros? **¿Nos hallamos tan alejados del establo porque somos demasiado finos y demasiado sesudos para ello?** ¿No nos enredamos también nosotros en sabihondas interpretaciones de la Biblia, en pruebas de la autenticidad o inautenticidad, de forma que nos hemos hecho ciegos para el Niño y no percibimos ya nada de él?

¿No estamos demasiado en «Jerusalén», en el palacio, encasillados en nosotros mismos, en nuestra propia gloria, en nuestras manías persecutorias para que podamos oír en seguida la voz de los ángeles, **acudir al pesebre y ponernos a adorar?**

Así en esta noche nos contemplan los rostros del **buey y del asno que nos interrogan**: mi pueblo carece de inteligencia, **¿no comprendes tú la voz de tu Señor?** Cuando nosotros colocamos las figuras que nos son familiares en el pesebre, **debemos pedir a Dios que otorgue a nuestros corazones aquella simplicidad o sencillez** que sabe descubrir en el niño al Señor, tal como lo hizo, en tiempos, Francisco en Greccio.

Entonces nos podría ocurrir lo que nos cuenta Celano, con unas palabras muy similares a las de san Lucas acerca de los pastores de la primera nochebuena (Lc 2,20), sobre los que participaron en la celebración de Greccio: **todos regresaban a sus casas llenos de alegría**. [10]

Notas

[1] Ignacio de Antioquía, *Carta a los magnesios*, 3,1.

[2] B. Reicke, *Jatresfeier und Zeitenwende im Judentum und Christentum der Antike: TThQ 150 (1970) 321- 334*. Las perspectivas de este artículo que echa por tierra el consenso habido hasta ahora de los investigadores sobre el origen de la navidad y de la epifanía, parece que apenas han conseguido acceso en el campo de la ciencia litúrgica.

[3] II Cel 151, 199.

[4] I Cel 30, 84.

[5] I Cel 30, 86.

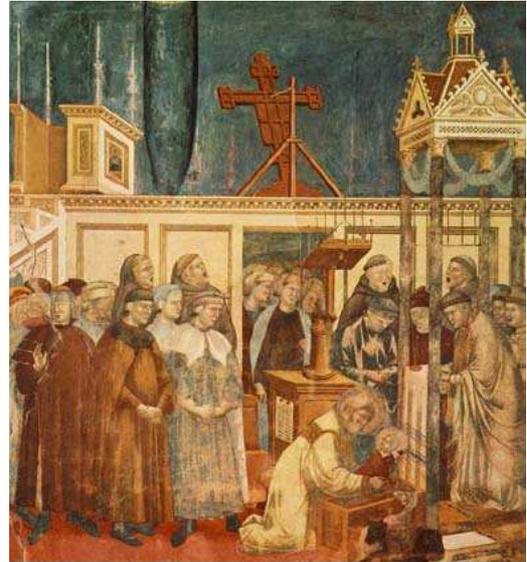
[6] Cf. J. Ratzinger, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca 1981.

[7] En España y en los países de nuestra cultura, decimos «el buey y la mula» en vez de «el buey y el asno». Esto hay que tenerlo en cuenta muy particularmente en las alusiones que se hacen a la Biblia, que no se ajustan a la «mula», sino al «asno» y en lo que dirá más adelante Mons. Albino Luciani luego Juan Pablo I (N. del T.)

[8] I Cel 30, 84.

[9] J. Ziegler.

[10] I Cel 130, 86.



Giotto: La Navidad de San Francisco en Greccio